JAN STRÁNSKÝ

HEPTAPOEIA

III. GUERRAS

Mano Izquierda Editores

Jan Stránský
HEPTAPOEIA
III. GUERRAS

Fotografía Portada: Andrew Kliatskyi by Unplash.
Fotogafía Contraportada: Andrew Kliatskyi by Unplash.

Edición bajo el cuidado de Mano Izquierda Editores.

Circa, 2026.
Lima – Perú.

JAN STRÁNSKÝ

HEPTAPOEIA

III. GUERRAS

Mano Izquierda Editores

Las guerras del año dos mil ciento noventa y nueve
ya no dejan casquillos en el barro,
ni conocen el silbido metálico de la pólvora
perforando la carne;
el metal pesado de las balas
pertenece a los museos de la barbarie antigua.
Ahora los cielos se agrietan con
el paso invisible de las ondas de pulso direccional,
frecuencias de resonancia ultrasónica
y haces de microondas concentradas
que no rompen la piel, pero
licúan los órganos internos en cuestión de segundos,
hirviendo la sangre dentro de las venas
sin que una sola gota manche el uniforme.
Sobre la geografía de los campos de batalla,
la muerte se ha vuelto limpia para el agresor,
un fenómeno acústico y electromagnético
que convierte divisiones enteras
en estatuas de gelatina caliente
que se desploman sin lanzar un solo grito.

Arriba, donde el aire apenas conserva oxígeno,
los cielos pertenecen a las nubes de drones.
Enjambres autónomos, guiados
por algoritmos de exterminio sin intervención humana,
tejen una red infrarroja
sobre las ruinas de las ciudades habitadas.
No hay pilotos, no hay rostros tras las mirillas,
no hay dudas operativas en el aire:

la máquina calcula la densidad demográfica,
identifica la señal térmica de la vida
y libera la descarga vibratoria
que apaga los centros nerviosos de la población.

La guerra se ejecuta
como una rutina de mantenimiento informático,
un borrado masivo de código biológico
sobre parcelas de tierra que deben ser despejadas.

En las trincheras de hormigón sintético
no combaten hombres nativos de la tierra,
sino los batallones modificados en las incubadoras
de la ingeniería bélica.
Soldados de biotecnología avanzada
cuya empatía fue extirpada en la fase embrionaria,
con los receptores de dolor bloqueados
por polímeros sintéticos en la médula
y las glándulas suprarrenales sustituidas
por bombas de estimulación bioquímica.
Son organismos de combate que no necesitan dormir,
que no experimentan el remordimiento,
cuya masa muscular ha sido entrelazada
con haces de fibra de carbono
para resistir el impacto de las vibraciones armónicas
del enemigo.

Estos soldados biomecánicos

marchan a través de los territorios conquistados
como herramientas ciegas diseñadas
para la ocupación y el sometimiento absoluto.
Para ellos, la vida humana del bando contrario
es únicamente una variable a neutralizar.
Cuando penetran en los búnkeres de la resistencia,
su violencia no nace del odio,
sino de una programación eficiente
que incluye la violación sistemática y la mutilación
como instrumentos de guerra psicológica
destinados a quebrar el espíritu de los sobrevivientes.
La agresión se ha vuelto métrica,
un procedimiento metódico donde la crueldad humana
se amplifica con la fría precisión del implante
que exige su cuota de dominación.

Las guerras de este siglo no se libran por banderas,
ni por fe, ni por narrativas nacionales;
son invasiones corporativas para la
usurpación violenta de las últimas cuencas hidrográficas
y los yacimientos profundos de Litio-Filtrita
que aún sostienen la red eléctrica global.
Las antiguas potencias del norte,
reducidas a escombros financieros por
su propia decadencia,
observan cómo las nuevas federaciones
del ecuador y los conglomerados mineros
despliegan su aparato colonial sobre
las zonas marginales del planeta.

Un nuevo colonialismo brutal
redibuja las fronteras sin firmar tratados de paz:
donde antes había comunidades asentadas
alrededor de los últimos pozos naturales,
hoy se alzan murallas electromagnéticas
que expulsan a millones de hambrientos al desierto.

Los terrenos son despojados mediante
el fuego iónico y el envenenamiento de los suelos;
las poblaciones locales son
desplazadas o exterminadas sin derecho al asilo,
mientras los convoyes automatizados
extraen la materia prima hacia los núcleos continentales.
El mapa del mundo en 2199 es una red de enclave
fortificados sobre un planeta devastado,
donde la soberanía pertenece únicamente
a quien posee el control de los satélites de ataque
y la capacidad de borrar del mapa
cualquier intento de soberanía territorial autónoma.

Cualquier facción insurgente que se
levante contra la administración de los recursos
es clasificada de inmediato
bajo la etiqueta del terrorismo y
condenada al borrado absoluto.
No hay juicios, no hay campos de prisioneros,
no hay mediación de organismos internacionales.
El exterminio de la disidencia se ejecuta
mediante operaciones de extracción quirúrgica

donde comandos biotecnológicos penetran
en las profundidades de los sectores subterráneos
para erradicar a los líderes incómodos
antes de que sus proclamas puedan propagarse.

Las extracciones se realizan
con una rapidez aterradora:
las salas de mando de los regímenes rebeldes
son perforadas por
cargas de plasma direccional,
y sus dirigentes son anulados
o extraídos vivos para ser desmantelados
en laboratorios de inteligencia.
Si un régimen local intenta nacionalizar
una planta de filtración o cortar el flujo de energía,
las potencias dominantes no envían diplomáticos
ni aplican sanciones económicas;
despliegan los vectores de guerra geofísica,
alteran el microclima del distrito
y sofocan la rebelión inundando
las avenidas con ondas de choque
que agrietan las estructuras,
sometiendo a la ciudad entera
a la rendición incondicional
en cuestión de horas.

Las tropas de ocupación
caminan sobre un terreno calcinado
donde la victoria es solo la posesión

de un desierto de ceniza
y estructuras de titanio rotas.
Las poblaciones sometidas
son integradas a los programas de esclavitud laboral,
forzadas a trabajar
en las galerías de filtración
o en el ensamblaje de nuevo armamento
a cambio de la dosis mínima
de agua embotellada y
pasta de proteína transgénica.

El ciclo de la dominación
se cierra sobre sí mismo
sin ofrecer esperanza de redención:
la guerra
no promete un futuro mejor
ni la construcción de una era de paz,
sino únicamente la garantía de que
los vencedores administrarán el colapso
un poco más de tiempo.

Entre los escombros de las ciudades
devastadas por las armas de onda,
el aire huele a ozono,
a metal fundido
y a la grasa quemada
de los soldados modificados.
El planeta empobrecido,
ahogado por quince mil millones de habitantes

que luchan por el barro,
sigue girando en el espacio
como una enorme trinchera a cielo abierto,
donde el eco de la última
explosión no es más que el sonido del hombre
perfeccionando la tecnología
para su propia y definitiva extinción.

El vocablo paz ha sido
erradicado
de los léxicos oficiales por obsoleto,
sustituido en los manuales
de gobernanza por el término
"tregua de calibración",
un breve intervalo técnico
en el que las armas de onda
reajustan sus frecuencias
y los satélites renuevan sus matrices de censo
para la siguiente incursión.
Ya no existe la ilusión
de un estado de reposo
ni el horizonte
de un entendimiento mutuo;
la guerra no es un evento extraordinario
que interrumpe el curso de la vida,
sino el estado natural de la atmósfera,
la tensión constante
que sostiene la producción.
Creer en la paz en el siglo

veintidós se considera
una patología del pensamiento,
un síntoma de deterioro neuronal que el sistema liquida
con aislamiento o reeducación.

Los sobrevivientes del frente
no regresan a casa porque
no existen hogares a los que volver;
caminan por los niveles inferiores
exhibiendo la mutilación
como una arquitectura cotidiana.
Carne desgarrada que tuvo
que ser sustituida por injertos
de polímero barato,
brazos amputados para dar paso
a conectores universales
que hoy se pudren por falta de aceite,
y rostros parcialmente borrados
por la radiación que ahora
se ocultan tras placas de lata.
Los soldados modificados,
desactivados al término de su vida útil
por las corporaciones,
vagan por las avenidas de hormigón
con sus implantes sufriendo cortocircuitos,
sintiendo el dolor fantasma
de articulaciones biológicas
que les fueron extirpadas hace décadas.
Son espectros biomecánicos que chirrían

al dar cada paso,
mutilados dos veces:
primero por la tecnología del enemigo y
luego por el descarte de sus dueños.

Las secuelas del conflicto
no se detienen en la piel lacerada
ni en la médula espinal;
se extienden como una gangrena
sobre las estructuras financieras de los distritos.
Las ciudades destruidas por
los pulsos direccionales acumulan
deudas intergeneracionales
con los conglomerados de la Litio-Filtrita
que financiaron la reconstrucción de las murallas,
sometiendo a tres generaciones futuras
a contratos de trabajo no remunerado.
El costo de una sola hora
de bombardeo electromagnético
equivale al presupuesto hídrico
de un sector entero durante diez años,
dejando a millones sin acceso al trago mínimo.
La economía mundial es un edificio
en ruinas
que solo produce chatarra de guerra
y recibos de saldación,
donde la inflación del agua embotellada
convierte la simple sed
en una bancarrota personal.

En los barracones de rehabilitación sintética,
los cuerpos tullidos intentan adaptarse
a la vibración permanente
que dejó el impacto
de las ondas en su sistema nervioso.
El temblor es ininterrumpido:
las manos de titanio y los dedos biológicos
laten al mismo ritmo,
un espasmo involuntario que recuerda
que el campo de batalla nunca abandona la carne.
Las mentes adaptadas para el combate
no pueden procesar el silencio;
necesitan el zumbido de las turbinas
y el olor a ozono quemado
para conciliar un sueño breve,
atadas a reguladores químicos
que evitan que el cerebro se autodestruya
por la paranoia.
El traumatismo no es una secuela individual,
es el tejido mismo de la cultura,
una sociedad de amputados y ensamblados
que solo sabe relacionarse
a través del daño.

Y así, sobre la corteza erosionada
de este planeta,
la guerra deja una huella que
ni la biotecnología ni el mineral
pueden reparar.

Las hectáreas calcinadas
por el plasma
no volverán a dar
una sola hebra de hierba,
y los cuerpos deformados
por la radiación seguirán engendrando,
en los tanques o en el barro,
variaciones de una especie
que olvidó la forma intacta
de su propia anatomía.

El hombre en este siglo
es la suma de sus prótesis,
sus deudas y sus mutilaciones,
un monumento viviente
al exceso de su propio dominio,
esperando en la penumbra
el sonido de la siguiente
frecuencia destructiva
que termine por pulverizar
los últimos restos de
su desgastada humanidad.

Mano Izquierda Editores